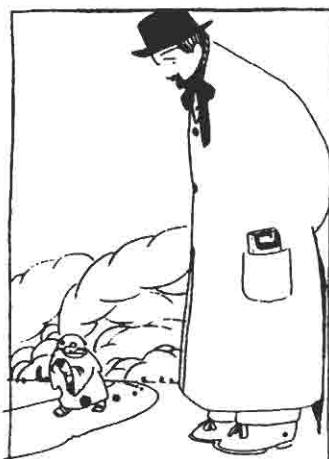


**Pío Baroja - Eduardo Ranch Fuster**



**EPISTOLARIO**  
**1933 - 1955**



REAL SOCIEDAD ECONOMICA  
DE AMIGOS DEL PAIS

Valencia, 20 Octubre 1998

Estimado socio/a:

Esta Real Sociedad Económica de Amigos del País atenta en todo momento a ofrecer a sus asociados la información de interés acerca de los temas culturales relacionados con nuestro ambiente, se complace en invitaros a la presentación del libro "**Epistolario Pío Baroja**" -Eduardo Ranch-

El insigne escritor, que vivió en Valencia y Burjasot y terminó su licenciatura de Medicina en nuestra Facultad, es un integrante fundamental de la denominada "Generación del 98", que en este año cumple su centenario.

El acto de esta presentación se efectuara el jueves 29 del presente mes de octubre a las 19:30 horas , en la Sala Pinazo del Centre Cultural BANCAIXA, a cargo de los editores.

Esperando contar con tu valiosa asistencia a este acto te saluda atentamente:

REAL SOCIEDAD ECONOMICA DE  
AMIGOS DEL PAIS DE VALENCIA  
Director

Fdo. R.Francisco Oltra

PALABRAS DE PRESENTACIÓN DEL LIBRO:  
*“EPISTOLARIO PÍO BAROJA-EDUARDO RANCH”*  
DE AMPARO RANCH-CECILIO ALONSO

**Francisco Oltra Climent**

A MPARO Ranch y Cecilio Alonso decidieron publicar la correspondencia entre el insigne escritor vasco Pío Baroja, uno de los máximos representantes de la “Generación del 98”, y el valenciano y musicólogo Eduardo Ranch.

Aquella correspondencia o comunicación entre los dos protagonistas deja entrever una relación entre ambos personajes que..., bueno, no voy a anticipar lo que luego contarán Amparo Ranch y Cecilio Alonso.

Sobre el libro y su correspondencia-epistolario puedo decir que es un libro muy ameno, y del que me llamaron la atención muchos fragmentos y anécdotas que identifican una etapa difícil y lamentable en la que vivió este país, pero también a través de la lectura observamos cuál era la situación económica, social, literaria y política en la que se vivía en aquella época.

Recuerdo la invitación que Eduardo Ranch cursara a Pío Baroja para que éste pasara la primavera de 1941 en su casa de Villavieja de Nules y le describía, ..., cómo era la casa, el clima de la zona, la posibilidad de que podría comer pan auténtico de trigo..., pero le añadía que podría pasear por una parte de la geografía en la que la zona nacional acababa en una parte de Villavieja, para dar paso, a dos kilómetros, a la zona roja..., eran los primeros años de nuestra lamentable y triste posguerra...

Hay más anécdotas que no cito para que Vds. puedan disfrutar en su lectura.

Para terminar, decirles que para mí, el hacer la presentación de los presentadores de este libro constituye un honor que me corresponde por un doble motivo: ser amigo de Amparo Ranch, de lo cual me siento gratificado, pero también, por ser el Director de la Real Sociedad Económica de Amigos del País que, entre sus muchas actividades: Conferencias, Mesas Redondas, Homenajes, Conciertos, etc., incluye también como una actividad importante, la presentación de libros que sean de interés, como es el caso que nos ocupa.

Yo acabaría diciendo que estamos ante la presentación de un libro que evoca la admiración de Eduardo Ranch por Pío Baroja y de Amparo Ranch hacia Eduardo Ranch.

#### PRESENTACIÓN DE D. CECILIO ALONSO

El profesor Cecilio Alonso, catedrático de instituto y profundo conocedor de la "Generación del 98", nos habla en la presentación que hace en el libro de la correspondencia que mantuvieron aquellos dos personajes en aquellos difíciles años que van de 1933 a 1955, y aprovecha para avanzar una breve pero interesante biografía de Eduardo Ranch. Presentación que yo les recomiendo lean con la fruición que yo la leí porque está escrita con un estilo tan grato que invita a la lectura de un solo tirón.

Él nos lo cuenta a continuación.

## NOTAS PARA LA PRESENTACIÓN DE UN LIBRO SINGULAR

**Cecilio Alonso**

EN este *Epistolario* se produce el encuentro entre dos personalidades muy dispares: un escritor consagrado que –hacia 1933– ya había realizado la parte sustancial de su obra, y un oscuro lector –muy activo en el ámbito cultural valenciano, pero sin apenas proyección exterior, si exceptuamos su aventura madrileña (1934-35) como profesor de la Escuela Internacional Plurilingüe, donde conoció a Pedro Salinas, Andrés Segovia, Alejandro Casona, José Antonio Muñoz Rojas entre otras personalidades de la cultura española relacionadas con aquel establecimiento educativo, apéndice de la Institución Libre de Enseñanza.

Para mí el aspecto clave de dicho encuentro es la admiración, un sentimiento poco valorado en el campo historiográfico de la recepción literaria. En esta relación admirativa la iniciativa corresponde al lector. Baroja tenía fama de escritor hosco e inaccesible. Sin embargo corresponde al interés de Ranch, primero, con prontitud y benevolencia, después con amistosa naturalidad, a lo largo de los últimos veinte años de su vida.

Tres son los valores de este *Epistolario*: a) para el barojianismo –secta constante de lectores que se afirma con el paso del tiempo–, constituye una buena prueba de la discutida sociabilidad de Pío Baroja; b) para la historia literaria, una rara muestra de los ocultos procesos a través de los cuales discurren la recepción y comunicación literarias. Las fuentes para el estudio de estas corrientes de admiración con arranque en las actitudes del simple lector apenas existen, por lo que ésta adquiere un interés especial; y, c) tiene valor para Valencia, porque contribuye a recuperar, por un lado la vinculación de los Baroja a nuestra ciudad, donde se avecindaron entre 1891 y 1895; por otra parte, nos permite descubrir la figura entrañable de Eduardo Ranch Fuster, que jugó un activo y discreto papel en la vida cultural valenciana –sobre todo en el ámbito musical– desde los años veinte hasta 1967.

El epistolario, como género literario, está en fase de extinción, devorado por nuevas formas de comunicación. Otro motivo para que no se deje perder la oportunidad de fijar en la memoria impresa estas colecciones de documentos primarios, autógrafos y preelectrónicos, que nos permite reconstruir otras

épocas y otros ritmos de vida, por perdidos y caducos, no menos estimables que los actuales.

A diferencia de lo que ocurrió con Unamuno –gran epistológrafo– Baroja fue poco aficionado a escribir cartas. Las suyas, como las de *Azorín*, suelen ser documentos escuetos, de carácter funcional, con la sola intención de mantener viva una relación interesante, pero sin contenidos didascálicos o doctrinales. Además, se conservan muy pocas cartas suyas, y en series fragmentarias. La más antigua corresponde precisamente a su época de estudiante en Valencia (1891-93); su destinatario fue un compañero de estudios catalán, José María Ruiz Contreras, y fueron publicadas en 1943, a retales y con resentimiento antibarojiano, por el escritor y traductor Luis Ruiz Contreras, hermano del receptor. Hay otra curiosa carta aislada de 1893, dirigida al director de *El Tiempo*, ofreciéndole colaboración literaria a su llegada a Madrid para cursar el doctorado. De 1901-02 data la serie más sustanciosa, publicada por José Rico Verdú (1973), conservada en la Casa Museo *Azorín* de Monóvar, testimonio de la intensa amistad entre Baroja y Martínez Ruiz a principios de siglo. Se conocen también un par de cartas de Baroja a Galdós, y una enigmática esquela a Rubén Darío, que sugiere poca simpatía por el poeta nicaragüense. Sigue sin publicarse la escasa, pero afectuosa, correspondencia con Ortega Munilla y con su hijo José Ortega y Gasset, así como la dirigida por el novelista a su familia desde Francia entre 1936 y 1940. Sabemos de alguna carta retenida por la censura franquista en su Expediente conservado en el Archivo Histórico Nacional. Y en 1950, Vicente Sánchez Ocaña reprodujo en *La Nación* de Buenos Aires un testimonio epistolar en el que Baroja resumía la rutina de su vida diaria en el Madrid de la época, en tono parecido a los del *Epistolario* que presentamos.

Por todo ello, la completísima colección de cartas entre Baroja y Ranch cobra mayor relevancia como instrumento para mejorar el conocimiento de la intimidad del escritor. Su edición ha sido posible, primeramente por el cuidado que Eduardo Ranch puso en guardar, como reliquias de su devoción barojiana, todas las cartas y documentos que recibió del escritor, y por su meticulosa transcripción, en varios cuadernos numerados al efecto, de borradores y copias de las que él iba remitiendo al escritor vasco y a su familia. En segundo lugar, esta edición llega a la luz por el celo que los hijos del musicólogo, particularmente su hija Amparo, han puesto en la conservación del archivo y biblioteca de su padre durante treinta años. Sin esta fidelidad, que ha conllevado más de un sacrificio, no estaríamos hoy aquí, presentando este libro.

En el conjunto de las 95 cartas que se editan, el peso mayor de la correspondencia recae sobre Eduardo Ranch: sus cartas son más abundantes y extensas, su personalidad se vuelca con mayor intensidad sobre el papel. Baroja, al principio se limita a responder a las preguntas que Ranch le plantea sobre diversos aspectos de su vida en Valencia, de las ciudades en que residió, de los viajes que emprendió. Pero, después de conocerlo en Madrid (1934), poco a poco va implicándose en la relación con su amigo valenciano, de tan curioso

carácter; se interesa por su vida familiar y, sobre todo, en los peores años de la posguerra, le confía algunos pormenores anímicos y existenciales que a Ranch lo llenan de orgullo al considerarse privilegiado por la amistad de Baroja.

Biográficamente este *Epistolario* coincide con el declinar del escritor, que se inicia con la muerte de su madre (1935) y se acelera con la guerra civil. En él encontraremos renovada su desconfianza en la República, de cuya idea se había distanciado en 1910, tras su decepcionante aventura lerrouxista; pero también podemos advertir su rechazo del sistema nacionalista totalitario instaurado por los vencedores: “Yo volveré cuando vea que el ser liberal no es obstáculo para vivir ahí” –escribe a Ranch desde París el 20-2-1940, cuando todavía se resistía a regresar a España, antes de que el avance de los nazis sobre París le obligara a escoger entre el ruinoso solar hispano y su vieja germanofilia (siempre sostenida en los límites de la capacidad científica alemana, sin la menor concesión al militarismo prusiano). En este aspecto del nacionalismo español, tan vituperado a propósito de los escritores del pasado fin de siglo, a quienes los izquierdistas hemos tenido, con cierta simplicidad, por precursores del fascismo, habría que resaltar la racionalidad de Baroja. Naturalmente el novelista vasco, defendió siempre la idea nacional española, pero ello no parece reprochable en sí mismo, mirado con perspectiva histórica, porque, en su contexto, ¿qué sensibilidad liberal burguesa defendía otra cosa que el nacionalismo de los grandes estados en toda Europa a principios del siglo xx? La circunstancia política que más temía Baroja desde su juventud era la de un hipotético reparto del territorio español por las potencias extranjeras, al estilo de Marruecos, propiciada por la debilidad del estado. Si atendemos a que algún líder bizkaitarra llegó a soñar con tal posibilidad, se explica la prevención que Baroja manifestó hacia los nacionalismos periféricos. No parece muy justo como se suele hacer últimamente, analizar una conducta, o sensibilidad, de clase con criterios aplicables a la clase antagonica; como tampoco parece prudente condenar una forma de nacionalismo en nombre de otro nacionalismo. Por otro lado, los nacionalismos sólo son reprochables cuando penetran en el terreno de la intransigencia y del crimen. Y preciso es advertir que Baroja, pese al ruido de algunas polémicas suyas con bizkaitarras y catalanistas, anteriores a 1920, nunca fue un español visceral, sino un español ilustrado y racionalista, fijo siempre en la utópica panacea de su convicción científicista, aunque su gusto literario por la paradoja le llevara a la incomprensión de mucha gente, hasta el punto de estar en un tris de ser fusilado por los Requetés en los primeros fuegos de la guerra civil (1936). En realidad, cuando los años treinta y cuarenta, arrollaron temporalmente los soportes de este racionalismo liberal, el novelista –físicamente agotado– se instaló en el estupor y en el escepticismo, pero nunca en la agresividad nacionalista de quienes vencieron en una guerra, que él siempre consideró una ruina colectiva para su generación y para las siguientes: “Malos tiempos son estos para la literatura y las artes y me parece que no mejorarán, si mejoran, más que pasados muchos años. Yo al menos no espero ver la mejoría...”, escribe a Ranch (27-5-1940). Baroja, años después, tras la segunda

contienda mundial, no se mostraba mucho más atraído por los nacionalismos excluyentes: “Esta última guerra ha desatado la xenofobia en todos los países... Se ha desarrollado el chauvinismo de una manera absurda y es posible que en vez de disminuir, aumente” (30-12-1949).

Creo que Eduardo Ranch comprendió muy bien el concepto cívico y humano de Baroja y, en buena medida, lo compartió. El propio novelista advirtió esta afinidad al responder a una de las cartas más sinceras de su corresponsal valenciano, en los años de mayor desánimo intelectual: “Ya veo por su carta que V. también es como yo de la tribu de los tarados. Es curioso que ya en nuestra época no haya tipos con inclinaciones artísticas o literarias que no tengan su tacha grande o pequeña. Somos como la fruta que viene ya picada con la mosca mediterránea o con algún otro parásito impertinente y desagradable...” (20-12-1942)

Sin embargo, no se crea que este *Epistolario* queda reducido a un rosario de quejas y lamentos destemplados a dos voces. Hay en él, además, multitud de anécdotas y opiniones menudas, de datos inesperados, de curiosidad compartida, de gusto por la vida y sentido del humor, que enriquecen nuestra visión de la historia cotidiana de los años más oscuros del siglo que termina. Ranch, cuya mayor ilusión fue la de escribir una biografía de su escritor predilecto, consiguió al menos que gran parte de los materiales reunidos en este libro constituya, de ahora en adelante, fuente inexcusable para quienes pretendan reconstruir la trayectoria existencial de Pío Baroja.

#### PRESENTACIÓN DE D.<sup>a</sup> AMPARO RANCH

Amparo Ranch es socia de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Valencia, entidad a la que en muchas ocasiones ha aportado su buen hacer, organizando distintas actividades, todas relacionadas con la música, conciertos, mesas redondas, artículos, dictámenes, etc. Y durante los años que la conozco, que no son pocos..., siempre la he oído hablar de su padre, con cariño, y con un afecto entrañable, que sólo puede ser fruto de la doble condición de hija y de admiradora profunda.

Amparo Ranch tiene la palabra.



PRESENTACIÓN DEL EPISTOLARIO (1933-1955)  
PÍO BAROJA-EDUARDO RANCH FUSTER

**Amparo Ranch**

**R**ESULTA algo complicado hablar de un ser tan cercano a nosotros, sin caer en el sentimentalismo o en una perspectiva excesivamente fría que daría una impresión equivocada, baste decir que la figura de mi padre la tengo siempre presente por muchos motivos, y este acto por ejemplo, es uno de ellos.

Dejando aparte otros asuntos yo lo recuerdo lo mismo en el pueblo de La Vilavella como en Valencia, dedicado a sus tareas de periodista y crítico musical, en constante actividad; escribiendo o preparando la crónica del próximo concierto, fichando las últimas adquisiciones de su biblioteca, etc. y a veces al piano para conocer alguna obra que iba a escuchar en algún concierto, y otras escribiendo de forma apresurada, a mano o a máquina para llevar sus crónicas a la radio o a algún periódico.

Pero no sólo escribía crónicas musicales o literarias, sino que era además un epistológrafo incansable. Las cartas diversas existentes en nuestro archivo, que voy dando a conocer, demuestran esta actividad que por otro lado era siempre correspondida por el receptor, puesto que uno de sus rasgos esenciales era el sentido de la amistad.

La lista de artículos periodísticos y de críticas musicales sería exhaustiva. Desde su primer artículo en el periódico *Rebeldía* hacia 1920-21, hasta sus trabajos en la revista *Valencia Atracción* que continuaba publicándose después de la guerra del 36, y que dirigía el poeta Francisco Almela y Vives, todo ello consta en nuestro archivo. Y su colaboración no sólo se limitaba a periódicos en lengua castellana, como *Libertad* de Castellón, *El Pueblo*, *La Voz Valenciana*, o en el *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, sino también en valenciano: *Taula de Lletres Valencianes*, *Acció Valenciana*, *El Camí* o *Avant*, puesto que como dice el profesor Alonso en el prólogo de este libro, Ranch en los años de la Dictadura de Primo de Rivera “simpatizó con grupos disidentes de ideas institucionistas y republicanas, al tiempo que comenzaba a profesar un valencianismo abierto entendido como una opción de progreso, sobre todo en el ámbito cultural”. En *Taula* escribían también sus amigos Adolf Pizcueta, Carles Salvador, Vicente Llorens, López Chavarri, Soler y Godes y otros, pero a la vez, sentía una gran admiración por la llamada “Generación del 98”, sobre todo Unamuno, Azorín, Baroja...

Por eso el profesor Alonso añade: “Ranch se nos presenta con talante conciliador, comprensivo con las vanguardias pero sin perder el respeto a los grandes escritores de fin de siglo ni a los brillantes publicistas de *La Esfera* –las crónicas de José Francés avivaron su sensibilidad artística en la adolescencia–, ni a los intelectuales del semanario *España* –en cuyas páginas descubrió a Baroja– que le abrieron pronto a un mundo de compromisos y responsabilidades colectivas”...

Efectivamente es entonces cuando descubrió a Pío Baroja y su fina percepción le hizo comprender pronto, las paradojas del escritor plasmadas, sobre todo en su obra *Silvestre Paradox*; ahora bien, tal como insinúa en la carta número 51 y en sus notas inéditas, Ranch dejó constancia de que había profundizado en la lectura barojiana a partir de que Julio Just Gimeno, le había dicho en cierta ocasión que tenía el aire de un personaje de Baroja. Desde entonces la curiosidad por los escritos barojianos que ya de antemano le emocionaban, contribuyó a que penetrara cada vez más en la obra del escritor vasco.

Personalmente Baroja y Ranch solamente se vieron tres veces a lo largo de este Epistolario. La primera vez en 1934 durante la estancia de Ranch en Madrid, como profesor de música de la Escuela Internacional que dirigía Vicente Llorens Castillo; un año después, en 1935 cuando Baroja ingresó en la Academia de la Lengua, en que se saludaron brevemente y cuyo relato de esas dos ocasiones, se incluye en el Apéndice; y la tercera vez en 1953 en que volvió a visitarle, esta vez en la calle de Alarcón, pues la casa anterior en Mendizábal había sido destruida por un bombardeo. Sin embargo la relación epistolar fue intensa como se demuestra en este libro y en ella se traslucen un intercambio de ideas, datos personales y circunstancias históricas que raramente se encuentran en otros escritos similares con la sinceridad que se expresan en estas cartas.

Dejando aparte el contenido de las mismas, la idea fundamental de Eduardo Ranch era demostrar por un lado, que en las obras de Baroja existía una sensibilidad poética o lírica frente a los criterios generalizados sobre la acritud de ellas e incluso de su misma personalidad. Por otro lado trataba de suavizar las ásperas opiniones que sobre Valencia había expresado Baroja en su juventud, intentando demostrar que en muchas de sus novelas –como *El Convento del Monsant*, *Camino de Perfección* o *El Mayorazgo de Labraz*–, el mismo Baroja contradecía aquellas expresiones. En la revista *Valencia Atracción* de febrero de 1952 Ranch sintetiza esta idea: “Las tierras valencianas y nuestro mar los escoge Baroja como elemento luminoso, de fuerte contraste en ellas con la parte anterior y sombría de las mismas”.

En cuanto a su lirismo, Ranch había escrito el año 32 sobre *La familia de Errotacho* lo siguiente: “y claro es, también hay en esta novela ese lirismo que corre siempre como una veta no escondida del todo a lo largo de la obra de Baroja. ¿Os habéis fijado en tantos y tantos personajes que cantan canciones en las novelas de este autor? Unas veces son tipos báquicos, con canciones picarescas; otras una canción quizá en boca de una mujer, que es como el alma lírica de Vizcaya; otras veces es simplemente el contemplar emocionado de una

estrella como en aquel cuento *Elizabide el vagabundo*. En estos párrafos además del lirismo en la obra de Baroja pensamos que se alude públicamente por primera vez a la importante presencia que tiene la música en la obra barojiana.

Todavía insiste en este lirismo en julio del 35, a propósito de *Siluetas románticas* donde además de comentar el interés que despierta el siglo XIX en general, puntualiza: “La entrada de Baroja en la Academia de la Lengua ha alegrado a muchos de sus lectores y ahora debe Baroja ingresar en la de la Historia. No dudamos que alguna vez será. Lo reclaman entre otras cosas sus biografías de Van Halen o de Aviraneta y más que nada las siluetas románticas que semanalmente dibuja en *Ahora* y de las que unas cuantas se acaban de publicar en libro rodeadas de su profundo sabor de época, pero también de comentarios, de agudezas y de lirismo de inconfundible traza barojiana”... Es decir, Eduardo Ranch quiere salir al paso de algunos tópicos que se han vertido sobre Baroja por una lectura, que él cree superficial, de la obra del escritor.

Esta admiración hacia Baroja junto a la lectura de sus cartas hizo que el espíritu barojiano nos impregnara a todos los de casa, porque una característica propia de mi padre era su peculiar manera de compartir con nosotros sus inquietudes o sus ilusiones, pero sobre todo sus aficiones literarias. Las lecturas en voz alta o sus comentarios sobre música o músicos, sobre literatura o escritores, eran siempre amenas y esto hacía que estuviésemos inmersos en su mundo, y nos contagiara su entusiasmo o su crítica negativa, hacia cualquiera de estos temas.

Yo también tuve ocasión de conocer a los Baroja a principios de diciembre de 1948 cuando fui a pasar unos días en Madrid a casa de Vicente Sos Baynat. Daba la coincidencia de que Sos como profesor de Ciencias en el Instituto Escuela de Madrid, antes de la guerra, le había dado clases a Julio Caro Baroja. Durante mi estancia fui a visitar a los Baroja en dos ocasiones, el 10 de diciembre y el 13, acompañada de la esposa de Sos. Junto al escritor estaban su hermana Carmen y su sobrino Julio, más tarde se unió a la tertulia Pío Caro, el sobrino más joven que se convirtió en mi cicerone por Madrid. La conversación se centraba en torno a los domicilios que los Baroja habían tenido en Valencia y Burjasot a finales de siglo, cuando D. Pío acabó la Licenciatura de Medicina en esta ciudad. Yo llevaba el encargo de obtener estos datos para una posible biografía de D. Pío que mi padre trataba de escribir. En la primera visita, D. Pío sacó de su despacho un plano de Valencia ya muy viejo y trató de buscar el sitio exacto de su casa en la calle de Cirilo Amorós, precisamente la calle donde nosotros vivíamos. Físicamente D. Pío me sorprendió un poco. Cuando me puse a su lado para ver el plano, pude observar que su estatura era más elevada de lo que yo me figuraba, al verle casi siempre sentado, en las fotografías, con su boina y su mantita sobre las rodillas. Sus movimientos eran sobrios pero ágiles. Hablaba con fluidez, tratando de recordar su estancia en Valencia y en la casita de Burjasot, y también los viajes en compañía de su sobrino Julio por el Maestrazgo y por otros lugares del litoral que reflejó luego en algunas de sus novelas, sobre todo en *Memorias de un hombre de Acción* y en *Cesar o nada*.

En mi segunda visita había más personas, entre ellas llegó un periodista que alteró un poco la tertulia, pero aun así hablamos del cambio que había dado Valencia desde su estancia aquí, de las naranjas que les enviábamos desde el pueblo en aquellos momentos de necesidad general y del material que Ranch remitía a Julio, también desde allí, para el Museo Etnológico del Pueblo Español. Mis recuerdos de la familia Baroja, como digo al principio de este libro, son para mí indelebles.

Sobre el contenido de este Epistolario desearía hacer notar otra faceta de la actividad de Eduardo Ranch y es su bibliofilia que cultivó no solamente por el afán de acumular libros –tanto de literatura como de música–, sino que además de conocer su contenido, los ofreció como fuente documental siempre abierta, a investigadores, hispanistas y musicólogos españoles y extranjeros.

Analizando los fondos de su extensa y variada biblioteca, tanto literaria como musical, o leyendo sus escritos y recordando su conversación, podemos afirmar que Eduardo Ranch tenía una completa formación universalista. Pero pese a su afición bibliográfica, él es consciente de que no sólo de los libros se nutre la inteligencia del hombre. En otro de sus escritos titulado “Grandeza y servidumbre de los libros”, dice parafraseando a Platón: “Los libros son como la vida y el que más lee, o el que vive más es el que más sufre; pero también el que más comprende. He aquí su gloria y su grandeza. Y nadie tan bien como el que más comprende, para saber el valor de un libro gozoso, como igualmente del valor de la infinita y luminosa sonrisa del mar”. Pese a su contenido “nivolesco” este libro tiene retazos de la realidad vital de ambos corresponsales y además se perciben algunos datos históricos probablemente inéditos hasta ahora.

29 octubre, 1998